

EL LUJO INDIANO*

José DURAND

La ostentación y el boato, que aparecen en Indias desde los primeros tiempos coloniales y aun antes, apenas concluidas las guerras de conquista, eran parte del proceso de aseñoramiento general que entonces se operaba. Si los conquistadores encaminaban sus vidas a señorear la tierra, y si de ellos partía la formación de una nueva sociedad, es claro que de inmediato debían constituirse en una aristocracia. Y como tal, aunque formada por guerreros, debía ser exquisita en trajes, cortesía, séquito de criados y también en otros aspectos aparentemente diversos, como la magnificencia en el culto divino, o bien el gay saber de ingenios poéticos y eruditos. También los "poetas mil" que, según Mateo Rosas de Oquendo, existían tanto en México como en Lima, aparecen como directa consecuencia de esa vida muelle, propicia al deleitoso cultivo de las musas, en versos humanos y divinos. Todo iba a parar en ese proverbial lujo indiano, extremado en las grandes cortes virreinales de Lima y México, o bien en los emporios de riqueza, en donde residían los mineros de oro, plata y azogue. Un fenómeno de honda significación económica, social, cultural e histórica.

El lujo y magnificencia que acompañan al nacimiento de esa aristocracia, surgen, por una parte, como réplica necesaria de las deslumbrantes cortes de incas, mayas y aztecas; por otra, como reflejo fiel del boato renacentista; y también como timbre de honra de las Indias frente a España. El haber enriquecido al mundo y ser sustento de la hacienda real enorgu-

* Estas líneas debieron formar parte del libro *La transformación social del conquistador* (México, 1953); por diversos azares, éste y otros capítulos no llegaron a incluirse, quedando así incompleto el trabajo original. Un adelanto de ese libro se ofreció en *Cuadernos Americanos* bajo el título de "El afán nobiliario de los conquistadores" (enero-febrero de 1953).

llecía a las Indias; tales títulos se mencionan de continuo, especialmente en el Inca Garcilaso de la Vega, en ciertos significativos capítulos de los *Comentarios reales* (parte I, libro 1). Pasados los días guerreros, sólo quedaba el recuerdo de los hechos heroicos, mientras el río de oro seguía sin parar. Las riquezas permitieron desde muy temprano que la exquisitez renacentista —arquitectura plateresca, trajes, joyas, pinturas, vida cortesana— pasara muy pronto al Nuevo Mundo. El arte occidental se imponía así sobre el americano, fusionándose a veces con él. De este modo, en pocos años, los segundos extremeños que jamás vieron Corte en España y que se espantaron ante la magnificencia de los reyes indígenas, tuvieron también un mundo lleno de gala y lustre, a tono con su nueva condición de señores.

Se había logrado llevar a Indias el Viejo Mundo, hasta en lo puramente suntuario, y en eso estaba, justamente, la victoria de quienes habían alcanzado tanto en tan pocos años. Desde que empezaron a poblar, los conquistadores quisieron crear un mundo comparable en todo al de la Península. En un principio, buena parte del lujo consistía en disponer de las cosas españolas que tanto escaseaban en América: trajes, caballos, perros, aves, bueyes, utensilios, los cuales se vendían a precios muy elevados y despertaban la admiración de los naturales; frutas, cuyas primicias eran altísima honra de quienes las cosechaban. El Inca Garcilaso cuenta infinidad de anécdotas al respecto, como aquella del celo con que cuidaban, con perros y gran ejército de guardianes, unas estacas de olivo. En el Perú, durante las guerras civiles entre los conquistadores, un hidalgo rico andaba empeñado en comprar un caballo, y ofreció al dueño pagar por él y por el esclavo que lo cuidaba nada menos que diez mil ducados. Eso ocurría en vísperas de Chuquina, y refiere Garcilaso que “no los quiso el dueño, diciendo que quería el caballo para entrar en él en la batalla que esperaban dar al enemigo, y así se lo mataron en ella, y él salió muy mal herido. Lo que más se debe notar —añade— es que el que lo compraba era rico. Tenía en los Charcas un buen repartimiento de indios; mas el dueño del caballo no tenía indios. Era un famoso soldado, y

como tal, por mostrarse el día de la batalla, no quiso vender su caballo, aunque se lo pagaban tan excesivamente". Consta en documentos publicados por Roberto Levillier, que por esos mismos días, uno de los principales seguidores de Gonzalo Pizarro, alzado entonces contra el rey, quiso brindar a aquél un gran banquete; gastó una verdadera fortuna en las pocas arrobas de vino que pudo conseguir, pues escaseaba en extremo, por tener los del rey tomadas las comunicaciones con España. Esas caprichosas sumas que se ofrecían y pagaban, cuando el dueño accedía a vender, provenían tanto de la nostalgia de las cosas del terruño como de la riqueza existente y el amor al lujo que entre ellos comúnmente se respiraba.

Los grandes templos del xvi.—Así iba arraigando en América la cultura española, inclusive en sus más elevadas formas, como el arte, las más veces puesto al servicio del culto divino. Se vivía en una sociedad marcadamente religiosa, no obstante sus libertades en el orden conyugal. Esos conquistadores, tantas veces tachados de avaros, gastaban verdaderas fortunas en la construcción de templos y en su riquísimo ornato. Puede afirmarse sin exageración que los edificios religiosos superaron largamente a los civiles, en número y en riqueza, y que mucho más costó a los primeros pobladores la edificación de iglesias que la de sus propias mansiones. En el Perú, durante el siglo xvi, "la arquitectura civil no adelantó en la misma proporción" que la eclesiástica, según ha dicho Vargas Ugarte. La edificación de templos, apunta el mismo historiador, empezó apenas terminada la conquista. El obispo fray Vicente de Valverde informa en carta a Carlos V que en 1539 ya había iglesias en el Cuzco, Lima, Trujillo, Piura, Guayaquil y otros lugares. Y en 1549, fray Juan Solano, sucesor de Valverde en el obispado del Cuzco, escribe al Consejo de Indias que la iglesia de La Plata (hoy Sucre), se está construyendo y "será muy buena, porque toda va de cal y ladrillo, y de bóveda". También se labraban por entonces las de Arequipa y La Paz. Entre los edificios civiles que se construían en los primeros tiempos figuraban siempre hospitales.

La mayor parte de los esfuerzos se consumía en levantar iglesias y más iglesias, aun cuando las hubiera de sobra; a menudo había dos o tres veces más iglesias que parroquias. Surgían, no como fruto de una necesidad de dar cabida a los fieles, sino por la simple devoción personal de los ricos donantes, o la acción particular de cada nueva orden que venía. Así se llegó a casos tan desorbitados como el de Cholula, más llena de cúpulas y campanarios que de tejados.

Como en La Plata, otros grandes templos, de alto valor artístico, se fueron levantando rapidísimamente. Muy bien subraya Harold E. Wethey que “los colonizadores de Lima y el Cuzco tuvieron la ilusión de grandezas arquitectónicas un cuarto de siglo después de la fundación de esas ciudades”. Y en ellas querían enormes catedrales, “que rivalizaran con las más grandes de España”. La del Cuzco fue autorizada por bula papal de 1554, y en 1560 se colocó la primera piedra. Los planos de la primera que hubo en Lima estaban hechos ya en 1565, a los treinta años de fundada la ciudad. Para la construcción de esos templos, en el Perú, México y otros lugares, viajaron a América diestros artífices y pintores, como el flamenco Simon Peyrens, que llegó a México en 1568 y participó en la decoración de la hermosísima catedral. Peyrens tuvo muchos discípulos y continuadores, como los tuvo en Lima otro pintor, el italiano Mateo Pérez Alesio, ya a fines del siglo xvi. Y muy pronto, casi al instante, aparecieron los artistas indios, creadores de artes llenas de carácter y ricas a menudo de peculiarísimo encanto, así en la pintura como en la imaginería y hasta en la arquitectura.

Durante el Virreinato, la ostentación en las construcciones religiosas, en el ornato y el culto, se multiplicó hasta el extremo. Muy reveladoras son las ideas de fray Antonio de la Calancha, quien escribe en Lima durante la primera mitad del xvii, y sostiene que “la riqueza en el culto divino es honra en la Iglesia y acredita la religión”. En sustentación de lo cual recuerda que “la primera vez que Dios quiso dar forma a un templo y ejemplar a sus fieles, ordenó a Salomón que hasta los vasos de la cocina fuesen de oro”. Calancha, típico fraile criollo, se entusiasmaba con la abundancia de Amé-

rica, hasta en lo religioso. Antes, en España, escribe, “era singular la lámpara de plata, y ésa la daba el rey o potentado, y ahora se cuentan a millares, y las dan todos estados de hombres, y hasta plebeyos y oficiales”. Todo va por igual para Calancha: “el comercio [en Lima] es de grandes y ricas mercancías, las limosnas más que en todo el mundo, y el culto divino de lo mejor y más ostentoso de la cristiandad”. Como criollo que era, altoperuano, se envanecía de que el Nuevo Mundo aventajaba al Viejo en dinero y ostentación: “En un mes —escribe gozoso— gastan más cera blanca en Lima o en Potosí que en un año en Europa, y acá vale dos pesos y a veces tres cada libra.” Inspirándose en los primeros capítulos de los *Comentarios reales*, Calancha hace, a semejanza de Garcilaso, un cotejo muy contrastado de grandezas y pobreza, “para que se vea cuánto debe España a estas Indias”. Y el dinero permite no sólo el lujo, sino el cultivo de ingenios, lujo también muchas veces. “Mire España —prosigue el fraile—, de cien años a esta parte, los libros que sus hijos han escrito, y ponga los que en quinientos años antes escribieron, y verá diez al lado de dos mil; y será la causa darse al estudio más ingenios, porque tienen ya caudal para enviarlos a las universidades; y por manejarse más plata para las impresiones se imprime tanto, y estudian varias ciencias por imprimir sus nombres y trabajos”. ¡Curiosa explicación económica de la historia, hecha en defensa del lujo, la vanidad y sus virtuosas consecuencias! Pero adviértase que en esta apasionada defensa del dinero, Calancha no pondera tanto el dinero a secas, cuanto en particular el oro indiano.

Tanto se gastaba en cosas de iglesia a principios del xvii, que, según la *Discrición general del Reino del Perú* escrita por cierto judío portugués anónimo, un hombre llamado Monterio pedía limosna para las ánimas del Purgatorio, y obtenía anualmente de los limeños “de ocho a veinte mil pesos, por cuenta y asiento de libros”. El autor afirma que conoció a Monterio, y la noticia, a juzgar por lo bien que concuerda con las referencias de Calancha, tiene todos los visos de verdad.

Palacios antiguos.—Aunque en general la arquitectura civil nunca floreció tanto como la religiosa, apenas se apacigua la tierra, los conquistadores construyen verdaderos palacios, de acuerdo con su condición señorial. Desde tiempos del descubrimiento, en 1509, Diego Colón levanta en Santo Domingo un gigantesco edificio, que a la vez servía de palacio y de fortaleza. El estilo, a tono con la época, hermanaba gótico y plateresco. Un cuarto de siglo más tarde, Hernán Cortés hace labrar para sí dos palacios, el de la capital mexicana y la hermosa Casa de Cortés de Cuernavaca (1533). El mismo caudillo fabricó a su costa en México el Hospital de Jesús, en 1535. Tales hechos implicaban, por su arrogancia, rasgos de señor feudal de la Edad Media y de magnate renacentista. Eso quisieron ser, justamente, aunque sin alcanzarlo nunca del todo, muchos de los grandes conquistadores.

Algún ejemplo más: en Tlaxcala, en 1539, se levantó el bello Municipio. Grandes templos se habían construido ya por aquellos años en la meseta de Anáhuac, como la iglesia de Acolman, por ejemplo. México y sus alrededores adquirieron gran esplendor por la hermosura de sus edificios, aventajando en ello al Cuzco, en donde los conquistadores prefirieron aprovechar las espléndidas casas de piedra en que vivía la nobleza incaica. En todo caso, edificaban nuevas portadas, a la manera europea, logrando híbridos muchas veces afortunados. Por otra parte, México era cabeza única de la tierra, a diferencia de lo que ocurría en el Perú, que tenía al Cuzco y a Los Reyes (Lima) por centros principales, que rivalizaban entre sí. El esplendor de la Tenochtitlán cristiana fue en aumento, hasta que llegó muy pronto a convertirse en suntuosa ciudad, joya de América, comparable a las grandes urbes europeas. Ya en la segunda mitad del xvi, el humanista Cervantes de Salazar escribe que, en la calle de Tacuba, las casas sin excepción son magníficas, hechas todas “a gran costa, cual corresponde a vecinos tan nobles y opulentos”. Como siempre, la nueva aristocracia indiana quería ilustrar sus blasones hidalgos con palacios de grandes de España. Un fenómeno, por natural, absolutamente inevitable.

También en otros lugares, al Sur de la actual república

mexicana, conquistadores y pobladores se mostraron espléndidos en la construcción de palacios. Por ejemplo, en San Cristóbal de Chiapas, en donde el conquistador Andrés de la Tobilla, según Salvador Toscano, levantó una hermosa casa plateresca. O bien, recordemos la hermosa mansión de Francisco de Montejo, caudillo de la conquista de la región, en Mérida, Yucatán, joya que hasta hoy se conserva. Así quisieron vivir algunos aristócratas indios. Los hermosos edificios atestiguan ahora viejos actos señoriles, muestras de riqueza y de poder. Y hasta, en algunos casos, de un poder desmandado en perjuicio de los pobres indígenas, a quienes se obligaba a trabajar sin recompensa alguna, como si no se tratara de construcciones privadas. Varias cédulas reales dan fe de cómo se hubo de combatir, con la más severa energía, tan vergonzosos abusos.

Derroche en el atavío.—Para el español —o el criollo— de la época, galas y ostentación aparecían íntimamente ligadas a la honra personal. Poco después del descubrimiento, es decir, mucho antes de obtenerse los grandes tesoros mexicanos y peruanos, los colonos de Santo Domingo se desmandaban en el uso de ricas telas, hasta el punto de reclamar la atención del rey. Y así, el 12 de noviembre de 1509, Fernando el Católico se dirige a don Diego Colón y le comunica: “Sepades que yo he sido informado de los muchos y grandes gastos y costas que se han fecho y se facen y se espera hacer, si yo no los mando proveer y remediar, en el vestir y gastar de las sedas y brocados y bordados en la Isla Española, y en las otras islas y poblaciones de esas dichas Indias del Mar Océano.” Como de allí proviene el desorden, desorden social en primer término, y por no parecer sensato que quienes viajan a enriquecerse derrochen sus ganancias, el Rey Católico prohíbe terminantemente esos excesos. Los cuales, como es de suponer, no sólo no pararon, sino que con el tiempo crecieron incontenibles. Un siglo más tarde, en el opulento Perú, el padre Calancha observa cómo los indios, de un modo u otro, cumplen su afán de ennoblecerse por el dinero, el cual, gracias al lujo y al poderío, aumenta la honra. “Más caballeros

han introducido las riquezas del Perú —afirma—, que las guerras de España, y muchos de los que blasfeman de esto, se huelgan cuando preguntan por sus abuelos y saben las mezclas de sus antepasados.” Y añade, sentencioso: “Los nobles traen con más lustre su estimación, y los señores y títulos, creciendo en rentas, dan cuerpo a la española grandeza, y son armas de la cristiana majestad; y advierten que la pobreza derribó grandes murallas de virtud.” Porque hay muchas que evita “el barro de Potosí”.

Trajes suntuosos.—A la honra por el lujo: el bien parecer —esa capa del hambriento hidalgo del *Lazarillo*— adquiriría desproporcionada importancia. Ya en su recuento de compañeros de jornada, Bernal Díaz del Castillo trae a la memoria a uno que llevaba el sobrenombre de “Sayo de seda”, porque se preciaba mucho de traerlo siempre. No faltaron ropas de seda sobre los cuerpos sudorosos, amaratados, sangrantes de esos bravos guerreros, por la misma razón por la que los colonos primitivos de la Hispaniola gastaban fortunas en el vestir. Más adelante, el anónimo Hidalgo de Elvas que narra en portugués la entrada de Hernando de Soto a la Florida, reprocha en sus camaradas españoles el cuidarse excesivamente de atavíos y, también, el gastar sedas. Sin embargo, en esto como en mucho, los lusitanos de entonces no diferían en verdad de los españoles. Un signo común de desmedido amor a la honra, entendida como fama o estima en la opinión ajena, gobernaba los destinos de esas gentes tan heroicas cuanto orgullosas, vanas y amigas de ostentación.

Andando el tiempo, cuando los tesoros de Cajamarca y el Cuzco hallaron indefinida continuación en Carabaya y Potosí, Lima adquirió fama de ciudad presuntuosa en nobleza, rica en mercancías y manirrota en trajes y alhajas. El historiador argentino Roberto Levillier, siempre abundante en información documental, recuerda que, en la época del virrey don Francisco de Toledo, las tiendas de seda, guantes, pasamanería, joyas y los obrajes de paños adquirieron enorme prosperidad, gracias a la vanidad de las limeñas. Si los propios soldados gustaron de engalanarse, cuánto más sus muje-

res, hijas y nietas. En la relación del judío anónimo portugués, que fue tendero en Lima a fines del xvi, se corroboran las noticias modernas de Levillier y se dice que en el callejón que sale a la Plaza de Armas (hoy Pasaje Olaya), todo "está lleno de tiendas de mercaderes, donde hay grandes riquezas". Por el mismo tiempo, fray Reginaldo de Lizárraga, no obstante su decidido aprecio por las limeñas, que según él aventajaban a los varones, reprueba en ellas el exceso de atavíos: adornos y joyas mil, en las formas más diversas y caprichosas. Los limeños, afirma el mismo Lizárraga, se muestran más pródigos que liberales. El cronista judío considera que "son los creollos muy enamorados y gastadores"; e insiste: "son pródigos en el gastar, gastan sin cuenta ni razón". Salvo los muy pobres, todos van a caballo, y si salen de viaje, aunque sea muy corto, se acompañan de las más holgadas comodidades. Y el mercader se frota las manos, entre satisfecho y horrorizado.

Otro autor contemporáneo, el jesuita Bernabé Cobo, muestra su sorpresa ante lo mucho que en Lima "se gasta de toda suerte de sedas, telas, brocados y paños finos". En esto, el judío mercader da larga información, más prolija que las de Cobo o el obispo Lizárraga. Las limeñas, escribe engolosinado, "para todo tienen gracia. Vístense gallarda y costosamente; todas generalmente visten seda y muy ricas telas y terciopelos de oro y plata fina; tienen cadenas de oro, gruesos mazos de perlas, sortijas, guarguantillas y cintillos de diamantes, robís, esmeraldas, amatistas y otras piedras de valor y de istima; tienen sillas de mano en que las llevan los negros cuando van a misa y a sus visitas, y tienen carrozas ricas y muy buenas mulas y caballos que las guían. En conclusión, las señoras de Lima gozan de paraíso en este mundo". A su vez, apunta, los hombres "todos generalmente traen buenos vestidos de seda y paños finos de Segovia, y cuellos ricos con puntas costosas de Flandes. Todos —en fin— calzan medias de seda". Más breve, pero no menos expresivo, Calancha observa que "los limeños apetecen la gala, es común la limpieza y en las mujeres exceso. Estúdiase el aseo y tiene *doma* el atavío". Como de costumbre, Calancha contempla a sus paisanos con mirada benigna.

Todos convienen, pues, en ponderar el lujo limeño de principios del xvii, y coinciden, de un modo u otro, en ponderar la intención señorial de esas costumbres. Lo mismo ocurría medio siglo más tarde, sólo que la ostentación y el dispendio, lejos de moderarse, iban en aumento. Al estudiar el ambiente de Lima en la época del virrey conde de Lemos, Jorge Basadre describe el menaje de una casa, formado por muebles y adornos venidos de las cuatro partes del mundo: paños flamencos, telas italianas, camas de Lisboa, escritorios sevillanos, terciopelos de Toledo, tafetanes granadinos, mercancías de la China, plata de Potosí, oro chileno. En las fastuosas recepciones que la ciudad daba a los virreyes, se llegó a extremos de fábula. En las instrucciones dadas a Lemos, se puntualizaba encarecidamente que se redujera “el alto costo de los recibimientos a los virreyes”; en Lima a doce mil pesos, cuando mucho, y en México a ocho mil. Sin embargo, la entrada del conde de Lemos alcanzó extraordinaria pompa, al punto de que, según Basadre, más de quinientas cincuenta barras de plata, cada una de ellas cotizada en más de doscientos marcos, pavimentaban un tramo del lugar por donde había de pasar la comitiva. Guillermo Lohmann Villena subraya que el hecho es rigurosamente histórico, atestiguado por documentos de la época. Y años más tarde, la entrada del virrey conde de Castelar volvió a realizarse sobre adoquines de plata. Frutos de la inagotable riqueza minera, que hizo proverbial en el mundo aquel “vale un Perú” o “vale un Potosí”, hasta hoy repetido infinidad de veces.

Como es de suponerse, las riquezas de Lima no eran muy distintas de las del resto del virreinato peruano. Recuérdense, por ejemplo, las noticias que, acerca de Potosí, ofrece la crónica de Martínez Arzanz y Vela.

“Grandeza mexicana”.—El elogio de las glorias, hermosura y prosperidad de México sirvió de asunto, bien sabido es, al celebrado poema en que Bernardo de Balbuena —peninsular de nacimiento, indiano en la entraña del corazón— pondera entre las mejores prendas de la ciudad el comercio y la abundancia de todo género de bienes: en el mundo, dice,

la "más rica y opulenta, de más contratación y más tesoro". Corrían los primeros años del xvii. La belleza de los edificios mexicanos, celebrada poco antes por Cervantes de Salazar, merece también particular elogio:

Labrada en grande proporción y cuenta,
de torres, capiteles, ventanales,
su máquina soberbia se presenta.

El movimiento mercantil aparece como parte principalísima y llena de vida del ambiente cotidiano:

Tiene esta ciudad, sobre aguas hechas,
firmes calzadas, que a su mucha gente,
por capaces que son, vienen estrechas...
Recuas, carros, carretas, carretones:
de plata, oro, riqueza, bastimentos
cargados salen y entran a montones...

Y hasta en el escudo mismo de la ciudad Balbuena ve fabulosa riqueza:

...y sus armas un águila engrifada,
de tesoros y plata tan preñada,
que una flota de España, otra de China,
de sus obras al año va cargada.

En las recepciones de los virreyes y en sus entierros, en las procesiones, en las ceremonias públicas religiosas o laicas, los mexicanos no iban detrás de los limeños. Tampoco en el atuendo, como puede apreciarse morosamente en los inventarios testamentarios hallados por Manuel Toussaint, en los que se enumeran ricos trajes y preciosas joyas.

Como en la capital, también en otros lugares de México, y en especial en los grandes centros mineros, como Taxco, Guanajuato, Zacatecas, el lujo acompañó a las riquezas. En el Perú, lo mismo ocurría en Chuquisaca y en Potosí; en la zona de Puno y Cuzco, cercana a Carabaya y otras minas; en la región de Huamanga y Huancavelica, etc., etc.

Censuras de los eclesiásticos.—Los religiosos, y en especial los misioneros, reprobaron duramente el dispendio de conquistadores y criollos enriquecidos. No todos iban a ser, como

Calancha en su tiempo, amigos de las vanidades del oro, y sutiles defensores de ellas. No faltaron las prédicas de los dominicos, y en especial del padre Las Casas, ni podían faltar tampoco los reproches de los mendicantes franciscanos, como el padre Motolinía o fray Jerónimo Mendieta, para sólo dar dos ejemplos.

En tiempos de gran boato, probablemente hacia 1580, el *Jesuita anónimo* —nacido quizá en la Península y avecinado un tiempo en México— escribe en el Perú contra la vida muelle y fácil de los españoles, quienes no velaban porque se adoctrinara a los indios. “Y es cosa de entender —escribe— que para todas las cosas que tocan al interés o comodidad o deleite de los españoles, no faltaban lenguas, intérpretes, eficacia...” E insiste: “No pretendieron tanto que los indios fuesen cristianos o se salvaran, cuanto sus propios intereses y comodidades.” Algo de espíritu lascasista asoma en este misionero jesuita; no en su desfavorable opinión de los indios, sino en sus agrias censuras contra los españoles. A principios del xvii los reproches continúan, y el obispo fray Reginaldo de Lizárraga condena el atuendo “demasiadamente soberbio” de las gentes de Lima. Prédicas útiles, claro está, pero que muy poco podían frente al hondísimo amor que a la ostentación, al lujo y a las riquezas profesaban las gentes de la Colonia.

Igualación en el lujo.—Para los hidalgos oscuros y los villanos aseñorados que formaban la hueste en las conquistas, el lujo en el vestir tenía, como vimos, un valor principal. De acuerdo con los usos de la época, el porte, la medida, el “razonable continente”, los andares señoriles, los trajes, contaban de manera importante en el buen parecer y, por tanto, en la honra de la persona. La tradición refiere que los amigos de Almagro el Mozo, empeñados en vengar la muerte del Adelantado, al no disponer sino de una capa, salían por turno de uno en uno con ella, antes de mostrar una condición impropia. Raúl Porras Barrenechea ha probado la falsedad de esta historia de “los caballeros de la capa”, pero ella es certísima, si no en la realidad, al menos en el espíritu que

se respiraba en la época. De un modo u otro, para asesinar a Francisco Pizarro era preciso ir bien vestidos, con un caballero como Juan de Rada a la cabeza. (Entre paréntesis, no suele darse noticia de que el jefe de los almagristas, Juan de Rada, fue antes de ir al Perú importante personaje en los sucesos de México, según lo refiere Bernal Díaz del Castillo.)

Tales exterioridades, lejos de merecer escasa atención, significaban cualidades propias del noble, y a veces prerrogativas. Felipe II, entre sus infinitas pragmáticas, dedicó algunas a ordenar cómo se habían de llevar los lutos, por ejemplo, o a establecer que las mujeres livianas deberían distinguirse llevando picos pardos en el ruedo de la falda. Del mismo modo, el vestir galano se aparejaba a la dignidad del señor, aunque claro está, era un privilegio a medias, fácil de ser usado también por quienes, según las costumbres, no tenían derecho a él. Por eso empezó en Indias, desde la primera década del xvi, el exceso en sedas y brocados. Así se inició un proceso de general aseñoramiento, que debía continuar por siglos y de mil maneras.

En abril de 1613, según el poeta Rosas de Oquendo, en México se tuvo que prohibir que las negras llevaran manto, perlas, oro ni ropa o paño fino. El abuso en el vestir y el espíritu de aseñoramiento, llegando más allá de todo límite, habían alcanzado a los siervos y gentes de condición muy baja. Tan extraño hecho, lejos de ser ocasional, o localizado en México, ocurría también en el Perú y, al parecer, en otras partes de América. La *Crónica moralizada* de Calancha cuenta cómo en Lima “los negros esclavos sacan sesenta cirios cuando llevan un estandarte o son priostes en una procesión”, y que “no hay indio triste ni el más pobre baladí, que gaste otra cera que la blanca”. No para allí la cosa, sino que, como en México en la misma época, “hasta los indios, negros y personas viles gastan sedas y visten rajas”; y especifica: “si no los negros esclavos y los indios baladíes, lo gastan los libres y los indios ladinos”. La insólita costumbre, “aunque se prohíbe, no se enmienda, porque cría el Perú magnánimos corazones y trueca ánimos cuitados”. Calancha, muy a su manera, no ve el abuso con malos ojos, sino antes bien des-

cubre en él pruebas ciertas de la grandeza del mundo criollo. Todo es gala y lustre, afirma, hasta en los artesanos y plebeyos. Y añade que muchos en carrozas, otros a la jineta, con séquito de servidores, se muestran igualmente espléndidos; y los menos ricos, aun los artesanos, “gastan capa negra y sedas, y andan a caballo y traen pajes”. Lo mismo que decía el anónimo judío portugués. En fin, repara Calancha, “grandeza es, pero locura, pues quien viere cien hombres en la alameda... no diferenciará al caballero o mayorazgo del oficial mecánico o plebeyo”. Bien a las claras, el fraile se muestra complacido: “No es esto político, pero es ostentoso y arguye que la tierra influye señorío, aniquilando condiciones cuitadas y agrandando corazones humildes”. Criollo orgulloso de serlo, piensa que en Lima, por el derroche de riquezas, “todo representa corte”. El buen Calancha, que nunca salió de Indias, ni conoció otra corte que la virreinal de Lima, no caía en la cuenta de que esa revuelta y fanfarrona pompa, fruto de un desorden social evidente, era lo más impropio que podía darse en un ambiente cortesano rancio, tradicional por naturaleza y poco amigo de mudanzas sociales. Y justamente en ello podía haber encontrado Calancha, de haber vivido en España, un signo de la diferenciación que se había producido entre el mundo peninsular y el indiano.

Otro cronista peruano del siglo xvi, fray Juan Meléndez, refiere también, en sus *Tesoros antárticos*, que hasta los negros y mulatos limeños “visten sedas y diferencian de vestidos en las estaciones del año”. El mundo virreinal, lleno de vanidades, satisfecho de riquezas, olvidado ya de los antiguos afanes de renovación, continúa siendo, sin embargo, el lugar en donde se ha hecho habitual permitir cierta nivelación en las costumbres de las distintas clases sociales, y cierta extraña tolerancia con los falsos nobles. Y el criollo fray Buenaventura de Salinas describe el rápido proceso de aseñoramiento de los chapetones que, recién llegados a Panamá, se bautizan en sus aguas para que, a su desembarco en el Perú, todos vistan sedas y descendan “de don Pelayo y de los godos y archigodos”. Van al palacio del virrey, pre-

tenden rentas y puestos públicos y “en las iglesias se afirman en dos columnas, abiertas como el Coloso de Rodas, y mandan decir misa por el alma del buen Cid”. Como se ve, el primer paso de la farsa, y el primer abuso, consiste en aderezarse con trajes y galas señoriles. A la honra por el lujo.

Sobre distribución de la riqueza.—De la bonanza económica, claro está, provenía la nivelación en el lujo y la generalización de ciertas costumbres propias del noble, que casi equivalían a privilegios. Si el vestir costoso era común, ello se debía a que, como refiere el judío portugués, se vive en tierra en donde “cuantos quieren trabajar ganan de comer, y se dan grandes salarios. A mí —puntualiza— me han dado de salario por un año nueve mil reales, que son cada día veinticinco, por estar en una tienda de mercaderías”. Si los mercaderes limeños se igualan a los grandes nobles, y aun los superan, es porque hay mercaderes que “tienen un millón de hacienda, y muchos de quinientos mil pesos, y de doscientos y de cien son muchísimos, y estos ricos pocos tienen tiendas; invían sus dineros a emplear a España y a México y a otras partes, y hay algunos que tienen trato en la Gran China, y muchos mercaderes tienen renta”. Habla también de los fabulosos sueldos que reciben el virrey, el arzobispo, los inquisidores, oidores, alcaldes de corte, tesoreros, maestros de campo, contadores y demás funcionarios civiles, eclesiásticos y militares. “Todos son ricos y poderosos —concluye—. Todos gastan como príncipes y son temidos y respetados.”

Los tiempos de riqueza continuaron y las costumbres arraigaron hondamente. Durante el siglo XVIII, la presunción de los criollos, aprovechada por las vacías arcas reales, dio lugar a las muchas ventas de títulos nobiliarios que por entonces se realizaron, especialmente en México y el Perú. Abundaban cada vez más las gentes acaudaladas, aun cuando no todas tuvieran un origen esclarecido. El perspicaz virrey duque de Linares observa en México, a principios del XVIII, que “ya en las Indias no hay hombres singulares, como antiguamente, de trescientos a cuatrocientos mil pesos en especie; pero generalmente de veinticinco mil a cincuenta mil son infinitos

los que los tienen". Nobles criollos y mercaderes, mutuamente enriquecidos y honrados en sabias alianzas matrimoniales, mantienen así durante la Colonia, particularmente en los virreinos ricos, la gala y ostentación indiana, proverbial hasta hoy. Esas opulentas cortes de México y Lima, envueltas en una leyenda de riquezas y boato, son, sin lugar a dudas, ciudades decididamente diferenciadas de sus hermanas españolas, así en su fisonomía exterior como en su estilo de vida.